

Nada de esto amortiguó el entusiasmo del joven príncipe por la ilustre asamblea, y la prueba es, que quiso hacer entrar también en ella á su hermano Montpensier.

El 3 de Noviembre se encuentra en su Diario la nota siguiente:

“He pedido que la edad fija para la recepción en los Jacobinos, sea la de diez y ocho años: no se ha admitido mi solicitud, y entonces he dicho que tenía interés en su admisión, porque mi hermano deseaba ardientemente pertenecer á la sociedad. M. Collot-d’Herbois ha contestado que su falta de edad no importaba; que cuando se ha recibido una educación como la suya, estaba en el caso de que se le exceptuara. Le he dado las gracias y me he salido.”

¿No os parece que el duque de Chartres no comienza mal su carrera revolucionaria? Escribe en el Diario de Marat, y busca un protector á su hermano en M. Collot-d’Herbois.

En Marat, se comprende bien, tenía el duque una especie de convicción, la convicción del buitre y de la pantera; pero en Collot-d’Herbois, en el mal poeta, en el miserable bufón, en el tribuno siempre borracho, en el futuro bombardador de Lyon, en el futuro autor de las proscripciones de 93!

Los Jacobinos que llegarían á cortar la cabeza al padre, prodigaban las mayores muestras de afecto á los hijos. Veamos el Diario:

3 de Noviembre.—“Estuve esta mañana en la asamblea, y en la tarde me han nombrado miembro del comité de presentaciones, es decir, del comité encargado de examinar las proposiciones todas.”

9 de Noviembre.—“Esta tarde he estado en los Jacobinos y se me ha nombrado Censor: he sabido también que he sido elegido como uno de los diputados encargados de presentar á la asamblea el proyecto relativo á los juegos florales.”

Terminaremos aquí las citas del Diario del duque de Chartres. Nada que llame la atención se encuentra en ellas, como puede verse; solo su gran entusiasmo por la revolución y su inmenso amor á los Jacobinos.

## CAPÍTULO VII.

**A**PRESURÉMONOS á manifestar, para no hacer al duque de Chartres más sansculote de lo que era, que los Jacobinos de 1791 no se parecían en nada á los Jacobinos de 93.

No son ni los mismos hombres ni las mismas opiniones: una exterioridad brillante oculta sombrías y terribles profundidades.

Sin embargo, hay ya cierta cosa que dá mucho en que pensar á los espíritus escudriñadores.

El fundador de los Jacobinos es Duport, un sabio, un pensador, un hombre de especulación y de experiencia revolucionaria. Antes de fundar su club, había reunido en su casa, calle de Grand-Chantier, cerca del Templo, á algunos hombres políticos que conocían á fondo como él la policía parlamentaria y la antigua organización de los motines, practicada tantas veces por los tribunales y el pueblo en favor del gobierno.

Mirabeau y Siéyés fueron una sola vez á casa de Duport, y al retirarse se miraron asustados.—Política de caverna, dijo Siéyés, y no quiso ya volver más.



Después de Duport, los que gozaban de más influencia entre los Jacobinos eran Barnave y Lameth.

—Lo que Duport piensa, decíase, Barnave lo dice y Lameth lo ejecuta.

Mirabeau los había bautizado con el nombre de *triumgueusat*.

Aparte de eso los Jacobinos son á esa hora la mejor sociedad de París. Es una reunión distinguida, acicalada, coqueta, y sabia sobre todo. Además de Duport, Lameth y Barnave, trinidad política del lugar, se encuentran allí en cada sesión á La Harpe, Chénier, Champfort, Andrieux, Sedaine, Vernet, Larive y Talma. Laís el cantor revisa las credenciales, el duque de Chartres, según él mismo lo dice, es portero, y Laelos, el autor de las *Amistades peligrosas*, ese hombre taciturno y sombrío, cuya sonrisa es tan caústica, Laelos, el agente directo del duque de Orleans, preside la mesa, mientras que Maximiliano de Robespierre es dueño de la tribuna.

De todos esos hombres, uno solo debía servir de lazo entre los Jacobinos de 91, y los Jacobinos de 93; entre los falsos y los verdaderos Jacobinos.

Ese hombre era Robespierre.

Ahora, los Jacobinos futuros, los que aparecerán al paso y á medida que los otros se hundan en el abismo revolucionario, son Saint-Just, Couthon, Collot-d'Herbois, Tallieu, Santerre, Henriot, Lebas, Carrier, Garat y Roumme.

Se ve, pues, que esta segunda asamblea no se parece en nada á la primera.

¡Preveria la pobre duquesa de Orleans la llegada de la segunda asamblea oculta bajo la primera, al suplicar á su marido no permitiese la entrada de su hijo en los Jacobinos?

No, ciertamente: ella no veía más que el resfrío de sus hijos hácia ella, y su amor creciente hácia una estraña.

“Como vamos á empezar otra vez nuestras correrías, ahora que hace buen tiempo, escribía el duque de Char-

tres, he anunciado á mi madre que no podría ya comer con ella más que dos veces á la semana: le ha parecido muy bien, y me ha dicho que lo que á mí me gustase le gustaría siempre; que estaba bien segura de que yo iría á comer á su lado todas las veces que pudiera, pero no quería que me molestara.”

Al mismo tiempo el duque de Chartres escribía á madama de Genlis:

“Lo que más amo en el mundo es la nueva constitución y usted.”

Este fué el último golpe dado al amor maternal de la pobre duquesa. Abandonó de repente á París, yendo á refugiarse á Eu, al lado de su padre, y desde allí pidió separarse de su marido, fundándose en la diferencia de opiniones políticas y religiosas, en la ruina de su fortuna y en su odio hácia madama de Genlis.

Entonces fué madama de Genlis la que á su turno abandonó Bellechasse; pero lo mismo que Luis XV cuando la separación de su preceptor M. de Fréjus, madama Adelaida se enfermó tan gravemente de pesar, que fué necesario volver á llamar á madama de Genlis.

Todas estas disensiones de familia causaron gran pena al joven duque de Chartres, y entonces escribió las siguientes líneas, que son una imitación del estilo de Rousseau, y en las que resalta toda la sensibilidad de los escritores de la época:

22 de Mayo de 1794.—“Las desgracias que hemos experimentado desde hace seis semanas, los cuidados que he prestado á mi pobre hermana, mis ocupaciones y mi traslación á una nueva vivienda, me han hecho suspender mi Diario. Vuelvo á seguirle y daré cuenta de todas mis acciones, y hasta de todos mis sentimientos: al leerlo se leerá en mi alma, pues nada omitiré en él ni de bueno ni de malo. Desde hace cerca de un año, mi naturaleza me combate muy á menudo: sufro mucho; pero mi dolor nada tiene de



acerbo, al contrario, me hace vislumbrar un venturoso porvenir. Pienso en la dicha que gozaré al lado de una mujer amable y linda, que me prestará un medio legítimo de satisfacer los deseos ardientes que me devoran. Conozco bien que ese momento aun está lejano; pero llegará al fin; y esto me consuela y sostiene: sin eso quizás sucumbiría y me lanzaría á una vida desarreglada como todos los jóvenes. ¡Oh madre mia: yo os bendigo por haberme preservado de tantos males, inspirándome sentimientos de religion, en los que encuentro toda la fuerza que necesito. . . .!”

¿A quién creéis que se dirige la exclamacion de madre mia? ¿A la duquesa de Orleans, no es verdad? Pues os equivocais. Se dirige á madama de Genlis, á la querida de su padre, á la mujer, en fin, que con la nueva constitucion es lo que mas ama el jóven duque en el mundo.

Estraña idea tuvo el príncipe al hacer imprimir su Diario en 1800, y reimprimirle en 1831.

Mientras que en el interior de la casa del duque pasaban los diversos acontecimientos de familia que acabamos de referir, los sucesos políticos se sucedian, conduciendo á la Francia al 93, y al rey al 21 de Enero.

Necker presenta su dimision, y aplaudido un año antes como vencedor, huye como fugitivo: los parlamentos se suprimen. La asamblea, prevenida por el rey de que los emigrados fomentan entre los príncipes alemanes disposiciones hostiles, ordena se pongan todos los regimientos bajo un buen pié de guerra, y manda una leva de cien mil soldados auxiliares para completar los cuerpos que tengan plazas de menos.

A este decreto se sigue otro, ordenando á todos los coroneles propietarios vayan á unirse á sus regimientos, bajo pérdida de empleo.

En consecuencia el duque de Chartres partió el 14 de Junio para Vendôme, á donde estaba el suyo.

Este era el 14.º de Dragones, el cual llevaba el nombre de Dragones de Chartres.

El dia 15 ya se habia unido á él; y el 16 empezó su servicio militar.

Este servicio lo desempeñaba el duque de Chartres con entusiasmo, á lo que parece, por lo que leemos en su Diario:

16 de Junio.—“Me he levantado esta mañana á las cuatro y tres cuartos, y á las seis he visitado todas las cuadras en compañía del teniente coronel.”

17.—“He estado esta mañana en las cuadras y no habia ningun oficial: debe siempre haber uno; los dragones me ponen muy buena cara.”

18.—“Esta mañana á las seis todos los oficiales estaban en las cuadras, en sus puestos.”

Volvemos á los Jacobinos: ya se sabe de qué hormiguero de clubs habia cubierto las provincias la logia madre. La sociedad de *Los Amigos de la Constitucion* de Vendôme, es solo una copia en pequeño de la Sociedad de Paris.

19.—“He estado en los Amigos de la Constitucion; los presidentes faltaban y me han nombrado presidente interino: he puesto algunas dificultades: he dicho que no podia estar mucho tiempo porque tenia algunas cartas que escribir para el correo de Paris; pero todo ha sido inútil, me he visto obligado á presidir y he presidido.”

Ahora bien, si el lector no está suficientemente edificado con los sentimientos revolucionarios del jóven príncipe, que nos permita presentarle esta nota del 20 de Junio:

“Esta mañana á las seis, lloviendo mucho, estuve en las cuadras: al salir de una, de la de M. Martin, me encuentro con M. Leguonde, que me dice:—Señor, ¿cómo venis á las cuadras con el tiempo que hace?—Nada me detiene, caballero, para cumplir mi deber.—Pero no deberíais prodigaros tanto; seria mejor que los dragones os viesan menos á menudo.—Yo no veo una razon para eso.—Es muy peligroso el que pierdan los dragones el temor que les inspira vuestro cordon azul, y la idea de que sois un Borbon.—Lejos de creer que sea peligroso el hacer perder á los



dragones el temor que indicais, deseo mucho que sea mi persona la respetada, y no todas esas faramallas.—Pero con faramallas se gobierna y conduce á los hombres. Si me fuera permitido daros un consejo sobre el club, os diria que en vuestro lugar no hubiera rehusado la plaza con que querian distinguiros, porque creo que hay un inminente riesgo en que os senteis en el mismo banco que un dragon. Eso lo habitúa á miraros como á un igual suyo.—*Mejor me hubiera comido esta silla que recibir una distincion cualquiera. Yo las detesto, y no me convenceré nunca de que sean necesarias para la disciplina de un regimiento. Os declaro que tanto respeto á un antiguo militar que lleva la señal de los servicios prestados á su patria, como desprecio al que pasa su vida en las antecámaras para obtener un cordon azul. Hé aquí mi opinion sobre las distinciones honoríficas. Usted tiene la suya, y á mí me es imposible cambiar la mia; con que mudemos de conversacion.*”

El señor duque de Chartres escribia esta nota el 20 de Junio, es decir, la víspera del dia en que el rey debia abandonar la Francia.

El rey, detenido en Varennes por Drouet, hijo del maestro de postas de Sainte-Menehould, retornó á Paris conducido por el pueblo armado, y acompañado de Barnave, Lattour-Maubourg y Péthion.

Ya se sabe el efecto que produjo esta huida en toda la Francia. La asamblea suspendió al rey de sus funciones, y como parecia ser este un ligero castigo para tan grave falta, el *Patriota francés* publicó las siguientes líneas:

“Que los ochenta y tres departamentos se unan y declaren que ya no quieren tiranos, ni monarcas, ni protectores, ni regentes, que son sombras de reyes, tan funestas á la cosa pública como la sombra del bohon-upas, que es mortal. Nombrando un regente, se enciende la guerra civil, y mas que por la libertad combatirá cada uno por tener un amo de su eleccion.”

Ya se comprende que si el *Patriota francés* era de este modo de pensar, otros diez diarios eran de opinion contraria: muchos deseaban la regencia, llegando algunos á hablar á las claras del duque de Orleans.

El príncipe publicó esta declaracion en el periódico llamado *La Asamblea Nacional*:

“Habiendo leído, señor, en vuestro Diario, número 689, vuestra opinion sobre las medidas que deben adoptarse, desde la vuelta del rey, y todo lo que con respecto á mí os ha dictado vuestra justicia y vuestra imparcialidad, debo repetiros lo que ya he declarado públicamente desde el 21 y el 22 de este mes, á varios miembros de la asamblea nacional, y es que estoy dispuesto á servir á mi patria, en la mar, en la tierra, en la carrera diplomática, ó, en una palabra, en todos los puestos que exijan celo y una atencion sin límites por el bien público, *pero que si se trata de la regencia, renuncio desde este momento y para siempre á los derechos que la constitucion me dá.* Me atreveré á decir, que despues de haber hecho tantos sacrificios en interes del pueblo y de la causa de la libertad, no me es permitido salir de la clase de simple ciudadano en que me he colocado, *con la firme resolucion de pertenecer siempre á ella, y que la ambicion seria en mí una inconsecuencia inexcusable.* No es para imponer silencio á mis detractores para lo que estiendo esta declaracion, porque conozco demasiado que mi celo por la libertad nacional, y por la igualdad, que es su fundamento, alimentarán siempre su odio hácia mí: yo desdeño sus calumnias: mi conducta probará constantemente su mala fé y sus absurdos; pero debo declarar en esta ocasion mis sentimientos y mis resoluciones irrevocables, á fin de que la opinion pública no se apoye sobre una base falsa en sus cálculos y sus combinaciones relativas á las nuevas medidas que pudiera ser necesario tomar. 26 de Junio de 1791.—L.—P.—J. d’Orleans.”

Durante este tiempo, el duque de Chartres hacia otra co-



sa mejor que protestar contra los proyectos ambiciosos que podían atribuírsele; salvaba á dos eclesiásticos de la cólera del pueblo, y sacaba del agua á un hombre que se ahogaba.

Hé aquí cómo el duque de Chartres se dá cuenta á sí mismo de esta última accion:

3 de Agosto de 1791.—“¡Qué dichoso dia! He salvado la vida á un hombre, ó mas bien he contribuido á salvársela. Esta tarde, despues de haber leído algunas páginas de Pope, de Metastasio y de Emilio, he ido á bañarme; ya estaba secándome, así como Eduardo, cuando oí gritar: *¡A mí, á mí, que me ahogo!* Corrí al instante, y lo mismo Eduardo, que estaba un poco mas lejos; llego el primero, y no veo ya mas que las puntas de sus dedos; tomo aquella mano, que apretaba la mia con tanta fuerza, que me hubiera hecho ahogar si Eduardo no hubiera llegado y no le hubiese agarrado de una pierna. Así le hemos conducido á la orilla, en la que pudiendo apenas hablarnos, ha manifestado mucho reconocimiento. Pienso con gusto en el efecto que esta noticia producirá en Bellechasse. Yo he nacido bajo una dichosa estrella: todas las ocasiones se me presentan, y no tengo mas que aprovecharlas. El que se ahogaba era Mr. Siret, que vive en Vendôme, y es sub-ingeniero de puentes y calzadas. Me acuesto muy contento.”

Y teneis razon, príncipe; es mucho ante Dios la vida de un hombre salvado por otro hombre. Y eso nos hace olvidar que pensabais solo en Bellechasse, y ni un instante en Eu, en madama de Genlis y no en vuestra madre.



## CAPÍTULO VIII.

1º de Agosto de 1791.

**D**IA delicioso, ¡vivan los dragones! No hay un regimiento como éste en Francia: con hombres tales recibirémos bien á los miserables que tengan la audacia de entrar en Francia, y la patria será libre ó perecerémos con ella.”

El duque de Chartres escribía estas líneas en su Diario precedero diez y ocho meses antes que la historia escribiese estas otras en su libro eternal:

4 de Abril de 1793.—“El general Dumouriez, habiendo esperado demasiado de sus medios y de su influencia, y no pudiendo obligar á los soldados que manda á entrar en Francia y á dirigirse sobre Paris de acuerdo con los austriacos, se escapa de su cuartel general establecido en los baños de Saint-Amand, y se refugia en las avanzadas enemigas acompañado del duque de Chartres-Orleans.”

Ya verémos á esa fecha como se operó esta fuga, y qué influencia tuvo esta accion del hijo en el destino del padre.

¡Ay! la vida de los príncipes es una estraña mezcla de contradicciones, está llena de proyectos fieles y de acciones fatales; en ella propone el hombre, dispone el destino y el historiador vaga eternamente entre la reprobacion y la indulgencia. ¡Cuántas veces al tomar la pluma para